

## ANTE LA GRAVEDAD DE LA SITUACION

[Tercera de ABC 23-1-1985]

Julio CERON

Ante la gravedad de la situación actual no es posible seguir en la indiferencia o la pasividad, no cabe ya la coartada de «la impotencia individual» y su carga hipócrita de falsa modestia, no basta con refugiarse en el espíritu meramente crítico, consternado, la guasa. Algo hay que aportar, en la medida de las fuerzas propias, por muy insignificantes que sean. Procede abandonar los refugios estáticos (torre de marfil, aficiones crípticas).

Pensemos en el ser humano: todo ser humano tiene problemas ordinarios y problemas extraordinarios. Por obra de un trastorno o una lesión mentales, algunos hay que padecen además un problema previo: el de no saber dónde están ni quiénes son exactamente. Perdidas las señas de identidad, se confunden a sí mismos. Pues bien, de nuestro cuerpo social puede decirse otro tanto. Antes que la pugna entre derechas e izquierdas, entre ideologías dispares, entre similitudes contrapuestas viene en nuestro país esto de andar todo trastocado, como cuando la brújula o el compás de un barco se disparan y marcan norte lo que es clarísimamente oeste. En estas mismas páginas ha salido hace días un suelto firmado por «Ovidio», y me gustaría haber sido el autor de su frase final: «Izquierdistas y conservadores sienten usurpados sus propios programas y ven, estupefactos, cómo los chicos de Suresnes no quieren sólo todo el Poder, sino que quieren representar todas las opciones.»

Con su todavía reciente elogio del capitalismo es como si el secretario general del Partido Socialista Obrero Español hubiese querido indemnizar a Schumpeter, de cuando éste escribió aquel libro (acaban de reeditarlos, creo) que podía resumirse como sigue: «Mi preferencia es el capitalismo, pero lamento tener que constatar que el porvenir es del socialismo». La rueda gira, cual suele (pero lo que nos interesa ahora no es el pasado, sino esto de hoy, aquí).

Lo mejor para analizar la situación actual y su gravedad es mirarla con ojos de especialista de los huesos, como dije el 3 de diciembre en la Segunda Lección Madoz (conferencia pública y, a la vez, clandestina por cuanto se le aplicó la «técnica de la Enciclopedia Soviética», en el sentido de que un gran diario madrileño -Enciclopedia Soviética pura o plena- ni palabra contó de ella a sus lectores y otro gran diario madrileño -Enciclopedia Soviética parcial o lato sensu- informar no informó, pero, a los pocos días, se descolgó para atacarla ferozmente, con lo que su lector medio, y aun el otro, entender no pudieron entender mucho, al no habérseles puesto previamente al corriente. No empece: uno y otro matutinos acabarán pasando por Canossa, el cual no les guarda noblemente rencor, por lo demás. Y lo jugoso del lance es que, en el primer caso -Enciclopedia Soviética plena-, y más después de esto mío de hoy, el citado diario está condenado a silenciarme en adelante y para siempre, a no ser que reconozca por escrito, noblemente también, que erró al omitir tal información. Floja excusa resulta además que el conferenciante fuera un pequeño, uno de la base, y su texto malo, malísimo, dado que el acto tenía un alto patrocinio y lo organizaba una entidad de fuste: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid y Asociación de Periodistas Europeos, respectivamente. Dicho de otro modo, ambos rotativos -pongo la palabra sin malicia: «recurrir a sinónimos varios para no cargar el texto con repeticiones» me enseñaron en el colegio- reseñaron en su día, hace un año, la Primera Lección Madoz; dentro de unos meses reseñarán la Tercera, puesto que es anual. No ha habido para ellos Segunda, ni (para el primero de ellos) existe servidor: delicada papeleta. Si no es esto Enciclopedia Soviética, que venga Bog y lo vea, no sin

señalar que tampoco Bog figura en la Enciclopedia Soviética): «Vivimos la paradoja de estar osteoporotizados ya y cartilaginosos al mismo tiempo todavía.»

El problema es hoy, en suma, un problema de indefinición, de movilidad, de migración. Es como cuando, al cabo de cuarenta años, se te rompe de pronto el termómetro, de puro viejo, y su mercurio se pone a vagabundear entonces, feliz de sentirse desentubado. Rige esto por doquiera: la derecha está hecha un lío y como suelta, la izquierda se va de sitio o se nos va de las manos, impera el centro. Ahora bien, el centro no existe. Empecemos por esto último.

El centro no existe. Como añadía yo el mismo día de la Segunda Madoz en este periódico, en mi nicho habitual: «la prueba es que, en cuanto empieza a existir, lo primero que hace es dividirse en dos: el derecha y el izquierda; de derechas ambos, buena gana entonces.»

La atipicidad española en el mundo de los regímenes democráticos, parlamentarios, electorales, etcétera, es total. Hablase en otros países de «centro», pero no con el mismo fervor. Hay en ellos fuercitas de centro, pero para figurar, engendradas por razones tácticas, como de alegoría y estampa grata. No hay centro: hay derecha y hay izquierda. «El centro» es un vasto camelo.

La diferencia con nosotros es que en España no es la traza meramente para engolosinar y embaucar a las masas electorales, sino que también lo que se ha dado en llamar, con desarmante galicismo, «la clase política», se cree a pies juntillas que existe un centro, y que ese centro es, incluso, el elemento determinante.

Cuando encargas un sondeo para averiguar las probabilidades de expulsión gracias a «el centro» de los socialistas en las próximas elecciones, lo haces para maniobrar, sí; pero, por un efecto de bumerán, los resultados de ese sondeo acaban influyéndote y obnubilándote. Si, en otro sondeo, igualmente concebido por ti con los mismos fines, pides al sondeado que te indique si, a su juicio, el partido tal de centro es más de centro derecha que de centro izquierda o viceversa, el sondeado, persona educada y servicial, se verá obligado a contestar algo al respecto, conteniéndose empero las ganas de exclamar: «Mire usted, ese partido que me dice está adscrito a una de las dos Internacionales de derechas; así que de derechas a secas es». Y así todo.

Nada más especioso hoy, ni más engañoso, en la vida política española, que ese espejismo del centro, neblina a la altura de la cabeza de pensar, barro profundo a la altura de los pies de caminar. Nada más urgente, pues, ni más preliminar que deshacer semejante espejismo perniciosísimo. Es una causa de interés común: para las izquierdas, para las derechas.

Lo que acabo de decir resulta del todo falso en un caso, y en uno solo: cuando se aplica un sistema electoral de representación proporcional plena. No ocurre tal en España. Nos guiamos nosotros por las matemáticas de un caballeroso jurista belga; el belga más mentado en este país no es Tintín, sino d'Hondt. Con otro sistema, el centro puede tener su función y su importancia; con d'Hondt, está abocado a no nacer y, si nace, a medrar bien poco.

Lo del Suárez actual es verdaderamente apasionante y se merece una página de periódico entera. A mí me fascina este caso de un ser superdotado para la política, como un coche atascado hoy, cuyas ruedas patinan y patinan en una poza de légamo y limo. Lo he abordado ya, por lo demás: en una conferencia (la Lección Madoz), un libro («PUES NO»), estas mismas columnas (ABC del 27 y el 28 de diciembre). Quédese, por ello, para otro

día la exhaustiva glosa, pero subrayando ya desde ahora, como en el célebre villancico de Gerardo Diego: si la palmera supiera...

(Todo artículo tendencioso debería llevar siempre una indicación de su autor y de sus móviles.)

Quien esto dice es un ser felizmente jubilado de la política, reducido ahora a labores de hortelano como son las del estricto análisis político. Lo dice desde un periódico al cual envía a diario sus sueltos, en telefax o por teléfono. Y sé los envía unas horas apenas antes de cerrarse la edición, y a veces son de una línea y otras kilométricos. He hablado con más de un amigo, colaboradores asiduos de un matutino de su cuerda (no es mi caso). Me han dicho todos: «Puede ocurrir, sí, que, por imperativos de espacio, de abundancia de original, de actualidad urgente, te quiten un párrafo, o más. No es para sentirte ofendido: es la praxis editorial». A mi, no. A mi no me quitan nada. Ya pueden ser kilométricos y llegarles a última hora: ni una línea ni una palabra se han comido nunca mía en este periódico. La única cosa: una vez por teléfono, me objetaron cortésmente que; el título era bastante más largo que el texto ¡Como si no debieran ser así todos los textos: comprimir y comprimir hasta hacer de cada uno de ellos una oración de sustantivo pelada, y meter todo lo demás, gratuito matalotaje, en el título!